

II Concurso de Relatos Cortos – 2009. “Recuperando la memoria del agua de Benetússer”

Junio 2009 de la asociación ALOMA de Benetússer

1º Premio

TÍTULO del relato: **EL RAMAL**

Autora: **Dolores Tarín Belda**

Cuando llegue, un domingo de septiembre, el pueblo estaba en silencio, la calle estaba en silencio, todo era demasiado tranquilo para mí. Había una gran diferencia al mirar por la ventana, en lugar de vecinos o edificios, veía otro pueblo, Alfafar. Yo venía de una ciudad donde la distancia entre los pueblos vecinos lo marcaban el tiempo del reloj: *estamos a media hora de....; estamos a quince minutos de ...*

Mi padre nos contaba: Benetússer es un pueblo muy activo, es un pueblo con muchos talleres, la calle donde viviremos es una calle llena de talleres, donde tapizan, tallan la madera, pulimentan las piezas, montan los muebles, y muchas cosas más donde el denominador común era fabricar muebles, que se mandaban a toda España y al extranjero. Por cierto, hay una anécdota divertida. Mis padres se compraron el dormitorio en Córdoba, y al llegar a Benetússer, después de su cuarto montaje y desmontaje, leyeron una etiqueta en un rincón del cabezal: *Muebles -no recuerdo la firma-, de Benetuser (Valencia)*. ¡Volvió a sus orígenes!

Era completamente diferente de donde venía, no había circunstancias para compararlo, era el polo opuesto, pero era donde debía vivir.

No sabía nada de él, solo que Valencia estaba a mi mano, lo fui conociendo y descubrí que era especial. Era moderno, casi diría que avanzado, pero seguía conservando aspectos rurales, que podría catalogar de museo etnográfico, para mí muy curioso.

La superficie construida en todo el pueblo tenía fronteras naturales con los pueblos vecinos, fronteras que las determinaba el agua: las acequias. De ahí esa cercanía visual a través de la ventana. Era lo primero que contaba cuando hablaba con la gente que había dejado en mi anterior residencia.

Utilizo el término “tenía”, con la idea de trasladaros a aquellos tiempos, porque las fronteras las formaba el agua, las veía, ahora ese detalle es desconocido para muchos y muchas, y era demasiado curioso para mí, dependía a donde miraras, veías campo y agua, o casas y fábricas.

Estos límites geográficos han cambiado tanto, que ahora mismo parece mentira, que solo hayan pasado cuarenta años, y la configuración actual es como si hubiera sido la de siempre, una calle a continuación de otra, y así ya has cambiado de pueblo.

Pero no, hace cuarenta años, descubrí que al girar la esquina, el arroz no estaba solo en la tienda del barrio, sino que crecía en un hábitat con mucha, mucha agua. La tierra estaba hermanada con la naturaleza por la gracia del agua, de ese ramal, el ramal de “la Mola” que llegaba desde la acequia Fabara,

y anegaba las mismas convirtiéndolo en un apacible lago pequeño, brillante, el sol se reflejaba en el. Mas tarde la espiga crecía y crecía alejándose del agua y bailando con el sol, como despidiéndose del verano y la tierra volvía a secarse, para acoger otro cultivo.

La tierra acogió otra clase de alimento: patatas, estas recibían la caricia del agua en surcos perfectos. La planta crecía sin darnos cuenta, por fin comprendí lo que era el tan traído tubérculo de los libros. La madurez de la misma dejaba un asomo de que el tubérculo estaba ya para recoger, se cerraba el agua, que dependía del trozo de tierra a cultivar, recibía el agua del ramal "la Mola" o del ramal "la Fila" . Y a los meses de nuevo el ciclo se renovaba.

Para mi era tan nuevo y sorprendente como fueron el enjambre de talleres, y el ver tantos botijos, en la entrada de cada taller había uno, y como si fuera algo de suma importancia había un chaval encargado de tenerlo siempre lleno, me cruzaba con ellos, unas veces venían de las fuentes publicas que había en la plaza del Ayuntamiento, los mas exquisitos se iban a la fuente de la sendeta de Alfafar, y otras de una manera especial, de la manera mas curiosa que podría imaginar: del aguador del carro de Massanassa, porque existió, existió el comerciante del agua, con su carro-cuba, el que nos vendía la maravillosa agua que tenia ese pueblo.

Massanassa, ¿Dónde estaba Massanassa?, pues al lado, justo al lado, nos separaba una lengua de tierra de Alfafar. Todos tan juntos y tan seguros de su territorio, yo preguntaba:

-¿Dónde empiezan, donde acaban?, pues a la otra orilla de la acequia

-¿Qué no lo ves? Me contestaban, y sí así era.

Al otro lado del ramal, que separa Benetússer de Alfafar, habia otro ramal, que separaba Alfafar de Massanassa.

Entre los ramales de las acequias y el carro del agua de Massanassa, crecí, jugué.

Ahora lo cuento.

Benetusser, 5 de junio 2009

